

Caux, 29 de julio del 2003

## ¿Pueden ser las religiones ‘partners’ en el camino de la paz?

Señoras y señores:

Quiero manifestarles, ante todo, que es para mí un gusto estar hoy aquí en este Centro de Caux, lleno de iniciativas proyectadas a reforzar los fundamentos morales y espirituales de la sociedad, y a promover el encuentro pacífico de las culturas, de las civilizaciones y de las religiones. Estoy especialmente agradecida al Dr. Cornelio Sommaruga, quien me ha invitado a dar mi aportación en este seminario interreligioso tan importante.

El argumento que se me ha pedido que trate hoy se titula así: “¿Pueden las religiones ser partners en el camino de la paz?”.

Como todos sabemos, ésta es una cuestión de gran relevancia y de extrema actualidad.

En la difusión del terrorismo, en las guerras emprendidas en varias partes del mundo como respuesta a ello, y en la tensión permanente en Oriente Medio, muchos ven los síntomas de un posible “choque de culturas”, que incluso se vería recrudecido por las diversas afiliaciones religiosas. Pero este modo de ver, provocado por extremismos y fanatismos de diferente índole, resulta ante una lectura más atenta de los hechos, muy parcial.

En efecto, nunca como en esta hora del mundo, creyentes y responsables de todas las religiones se han sentido con el deber de trabajar juntos para el bien común de la humanidad. Organizaciones como la Conferencia Mundial de las Religiones por la Paz, o iniciativas como la Jornada de Oración por la Paz, convocada por Juan Pablo II en Asís en enero de 2002, dan prueba de ello.

"En aquella ocasión el Papa subrayó, en nombre de todos los presentes, que “quien utiliza la religión para fomentar la violencia, contradice su inspiración más auténtica y profunda”; y que “no existe ninguna finalidad religiosa que pueda justificar la práctica de la violencia del hombre contra el hombre” porque “ofender al hombre es en definitiva ofender a Dios”<sup>1</sup>.

Con los sucesos del 11 de septiembre de 2001, la Humanidad se ha percatado con consternación de la naturaleza de este grande, enorme peligro que es el terrorismo. No se trata de una guerra como las demás, porque éstas por lo general son fruto del odio, del descontento, de rivalidades, de intereses personales o colectivos.

---

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, *Discurso a los representantes de las varias religiones del mundo*, Asís 24.1.2002 in <http://www.vatican.va>.

En cambio, el terrorismo, como ha afirmado el Papa, es fruto de las fuerzas del Mal con la M mayúscula, de las Tinieblas.

Pues bien, fuerzas de esta naturaleza no se combaten únicamente con medios humanos, diplomáticos, políticos y militares. Se necesitan las fuerzas del Bien con la B mayúscula. Y el Bien, con la B mayúscula, sabemos que es Dios y todo lo que tiene raíces en Él. Se podrá combatir, por tanto, con fuerzas espirituales, con la oración, por ejemplo, con el ayuno, tal como han hecho representantes de las religiones del mundo en la ciudad de san Francisco.

Sin embargo, hay que decir, así nos parece, que la oración no baste.

Sabemos que son muchas las causas del terrorismo, pero una, la más profunda, es el insoportable sufrimiento frente a un mundo mitad pobre y mitad rico, que ha generado y genera resentimientos intrínsecamente alimentados desde hace tiempo, violencia, venganza.

Se exige una mayor paridad, más solidaridad, sobre todo, una distribución más justa de los bienes.

Pero como se sabe, los bienes no se mueven solos, no caminan por sí mismos. ¡Son los corazones los hay que mover, los corazones son los que hay que poner en comunión!

Y para ello es necesario difundir entre el mayor número de personas posible la idea y la práctica de la fraternidad y -vista la enormidad del problema- de una fraternidad universal. Los hermanos saben pensar en sus hermanos, saben cómo ayudarles, saben compartir lo que tienen.

Para responder a este reto sin precedentes, la aportación de las religiones es decisiva.

¿De quién podría partir, si no es de las grandes tradiciones religiosas, esa estrategia de la fraternidad, capaz de marcar un viraje incluso en las relaciones internacionales?

Los enormes recursos espirituales y morales, la aportación de ideales, de aspiraciones a la justicia, de compromiso en favor de los más necesitados, que brotan del sentimiento religioso; todo ello junto al peso político de millones de creyentes involucrados en el campo de las relaciones humanas, se podría traducir sin duda en acciones de tal magnitud que influencien positivamente el orden internacional.

Mucho ya se está haciendo en el campo de la solidaridad internacional por parte de organizaciones no gubernamentales. Lo que falta es que los Estados hagan propias esas opciones políticas y económicas apropiadas para construir una fraterna comunidad de pueblos comprometida en realizar la justicia.

Porque ante una estrategia de muerte y de odio, la única respuesta válida es construir la paz en la justicia. Pero sin fraternidad no hay paz. Tan sólo la fraternidad entre los individuos y los pueblos puede asegurar un futuro de convivencia pacífica.

(...)

*Chiara Lubich*